

ABU

Vclm

SOC

(Circulación restringida) N° 9

0022	0015503	
Fecha recibida: 20/8/76		
ARCHIVO de DOCUMENTOS		
Original NO SALE de la oficina		

I 263

LA MASA MARGINAL Y LA POLITICA *

ANGEL FLISFISCH
Abril, 1975.

Documento preparado para el Seminario sobre Estructura Política y Políticas de Población organizado por CENADE, con el auspicio de PISEAL. Santiago, Chile, 26 - 30 de mayo de 1975.

*(Documento provisorio: se ruega no citar ni difundir).

BIBLIOTECA "GIORGIO MORTARA"
CENTRO LATINOAMERICANO
DE DEMOGRAFIA

11821

INTRODUCCION

En definitiva, los problemas que lleguen a plantearse en términos de las relaciones entre lo político y lo demográfico - o entre política y demografía -, van a estar determinadas, en naturaleza y contenido, por las nociones que se tengan acerca de la posibilidad -o imposibilidad- de deducir legítimamente orientaciones políticas o contenidos de conciencia políticamente relevantes a partir de movimientos de la sociedad que son, claramente, de índole estructural.

Ciertamente, lo anterior merece alguna calificación: existen procesos demográficos cuya relevancia política es inmediata y dramática, y cuyo impacto se ejerce sin mayor necesidad de mediaciones ulteriores. Así, por ejemplo, las invasiones musulmanas, nórdicas y húngaras, que afectan a Europa Occidental desde el siglo VII hasta el XI, provocan profundas disrupciones en las estructuras políticas en cristalización y explican la consolidación del principado territorial como unidad política (1), todo ello de una manera

(1) Véase M. Bloch, La Sociedad Feudal, Uteha, 1958, 2 t. México. Para una visión más contemporánea: J. Dhont, La Alta Edad Media, Siglo XXI, 1971.

relativamente directa y sin suscitar demasiadas dudas acerca del mecanismo o proceso que liga el hecho demográfico al evento político o a la institución política.

Pero la vida política contemporánea se caracteriza por la interposición, entre los recursos de poder y la efectiva utilización de éstos, de contingidos de conciencia y orientaciones globales, que son quienes otorgan sentido a la totalidad de las conductas con relevancia política, aún aquellas en que la orientación hacia el poder aparece como más descarnada e inmediata.

Además, el interés predominante parece recaer, no en aquellos procesos cuya emergencia es inmediata y radical, sino más bien en movimientos relativamente más lentos de la estructura social, y cuyo impacto en la vida política es, por tanto, mucho más complejo e indirecto.

En términos más concretos, de lo que se parte es de la posibilidad de que el movimiento demográfico pueda producir cambios en el sistema de posiciones que caracteriza a la sociedad, y que estas nuevas posiciones, o posiciones modificadas, impliquen la aparición de nuevas orientaciones, que otorguen un sentido distinto a la vida política o, por lo menos, que modifiquen sustancialmente el sentido primitivo.

Si ese último acontece, se modificarán también las posibilidades de alianza preexistentes, la distribución relativa de los recursos de poder, las opciones de cristalización institucional que se presentan y, en definitiva, la trayectoria histórica de la unidad política.

Usualmente, las inquietudes y preocupaciones se han canalizado hacia posiciones económicas que cumplen una función positiva en el total de la vida social. Un ejemplo muy claro de este énfasis lo proporciona, por ejemplo, Gramsci, cuando sienta la tesis básica de que: "cada grupo social, al nacer en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político"(2).

Dejando de lado por ahora el problema de si el cumplimiento de una función calificada de "esencial" implica un punto de vista y una situación privilegiadas para el conjunto de posiciones que esa función define -cuestión que trataré, tangencialmente, con posterioridad-, lo cierto es que el interés

(2) A. Gramsci, Los intelectuales y la organización de la cultura, Nueva Visión, B. Aires, 1972, p.9. (El subrayado es mío).

puede recaer en movimientos demográficos cuyo producto no constituya un caso claro de cumplimiento de una función en la vida económica.

Ahora bien, restringir la capacidad de hacer emerger nuevas orientaciones y nuevos contenidos a aquellos conjuntos de posiciones (grupos) que se vinculan de manera positiva y funcional a la economía y a la sociedad, parece constituir simplemente un prejuicio, que puede limitar considerablemente el campo del conocimiento. Lo que realmente importa es poder definir de manera clara, sea positiva o negativamente, un tipo de posición, de modo de inferir, de sus notas esenciales, las posibilidades de creación ideológica que él implica.

Obviamente, la naturaleza, positiva o negativa, de esa caracterización no puede ser irrelevante para los fines de evaluar las potencialidades de ese tipo de posición, pero ello, lejos de constituir una limitación, en realidad abre posibilidades de investigación mucho más ricas y sugerentes.

De esta manera, es posible reformular la tesis básica anteriormente aludida, diciendo que todo grupo social, definido por un tipo de posición social, es capaz de generar

orientaciones y contenidos de conciencia que, de alguna manera, dependen de las características de esa posición.

Este principio de interpretación, recién enfatizado, es importante. Lo que da sentido al tipo de reflexión como la que aquí se presenta, es la noción de que las orientaciones que emergen, o pueden emerger, a partir de una cierta posición social están condicionadas, en su sustancia, por el contenido que caracteriza a esa situación. En caso contrario, si supusiéramos que la naturaleza y contenido de esas orientaciones es algo totalmente indeterminado, la empresa constituiría simplemente un sinsentido.

Sin embargo, no debe interpretarse lo anterior como apuntando hacia una estricta determinación de los sentidos que los hombres confieren a sus vidas y sus conductas por las características de las posiciones que ocupan. La noción que aquí se maneja apunta más bien hacia una delimitación del campo de posibilidades, delimitación que viene impuesta por las características aludidas: un tipo de posición hace que ciertos contenidos de conciencia sean más probables, otros más improbables, y puede que otros queden excluidos.

El problema de bosquejar, más no sea de un modo muy grosero, la índole de ese condicionamiento es una cuestión difícil. Quizás la mejor manera de hacerlo es recurriendo a un ejemplo, por lo demás muy conocido y manido, en que se intenta establecer una relación de esa especie. Se trata de la caracterización que hace Marx de los campesinos minifundistas en el 18 de Brumario, específicamente, de la analogía que allí se establece entre la creencia en un Dios todopoderoso, que controla el buen y el mal tiempo, y la entrega a un poder ejecutivo autoritario y tutelar (2 bis).

Independientemente de cuáles sean los méritos de esa analogía particular, el principio básico de interpretación es claro: se trata de creencias y orientaciones que expresan una cierta posición económica -y, por tanto, material- y social, constituyendo, por así decirlo, proyecciones de la situación social que esa posición define. En este ejemplo concreto,

(2 bis) En realidad, se trata de una lectura un tanto personal. El pasaje de Marx dice así: "Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y los envíe desde lo alto la lluvia y el sol" (Marx y Engels, Obras Selectas, Ed. Progreso, Moscú, 1966, T.I, pág. 318). (sigue en página 7)

lo que se destaca como rasgo esencial de esa situación es la gran vulnerabilidad y casi absoluta indefensión de ese grupo de pequeños propietarios agrícolas: librados a una situación material en que controlan mal las fuerzas naturales, se ven acosados por fuerzas sociales tales como la usura. En esta indefensión y este desamparo los que se expresan en los contenidos peculiares de las creencias y orientaciones de ese grupo.

Ciertamente, esta caracterización provoca más problemas que los que resuelve. Tratando de introducir un poco más de rigor en la noción, se podría aludir quizás a una relación de *significante a significado*, e intentar un desarrollo más formal de las ideas introducidas. Sin embargo, ello no parece poder llevarnos muy lejos en términos de la presunta utilidad de esa estrategia: determinar criterios que permitan, de manera sistemática y casi rutinaria, identificar esas relaciones entre la caracterización de una posición y los contenidos y orientaciones que la pueden expresar.

(2 bis) continuación.

Puede estimarse que la alusión a los fenómenos naturales es un mero recurso literario, que no hay que tomar demasiado en serio. En nuestro caso, lo hemos tomado en serio.

En virtud de la referencia necesaria, implícita o explícita, a un contexto social determinado, las cuestiones de semántica, a diferencia de las sintácticas, no parecen susceptibles de ser objeto de un tratamiento formal y riguroso.

De esta manera, nos vemos obligados a permanecer en ese ámbito intuitivo y ambiguo, carente de guías metodológicas precisas, que se ha definido por apelación a la noción de que ciertos contenidos y ciertas orientaciones pueden expresar ciertas situaciones sociales.

No obstante, hay algunas precisiones que es posible y conveniente introducir aquí. No debe pensarse que, cuando se apunta hacia una relación de expresión entre posiciones y orientaciones, se esté aludiendo a las creencias concretas que pueden poblar las cabezas de ciertos hombres. En la conocida formulación de Lane: "Para cualquier sociedad: una base existencial que crea ciertas experiencias comunes, las que son interpretadas por hombres con ciertas calidades personales mediante ciertas promesas culturales y a la luz de ciertos conflictos sociales, produce ciertas ideologías políticas" (3).

(3) R.E. Lane, Political Ideology, The Free Press. New York, 1967, pp. 415-416. La traducción es nuestra.

De hecho, lo que se postula es simplemente que es posible, a partir de determinados rasgos básicos característicos de un tipo de posición, determinar algunas notas esenciales -más materiales que formales- que caracterizarán las orientaciones y creencias que efectivamente cristalicen: los contenidos de conciencia se construyen a partir de la base existencial y de las experiencias comunes, pero estos materiales no son absolutamente maleables: su naturaleza impone restricciones a la posible índole del edificio.

Volviendo al ejemplo de los campesinos parcelarios, lo que interesa no es tanto la ideología concreta de apoyo y sumisión a un poder ejecutivo autoritario y tutelar, sino más bien los límites que a la creación ideológica impone la peculiar posición de estos hombres. Para decirlo de manera positiva: dada una base de desamparo y acoso, qué tipos de contenidos de conciencia pueden llegar a expresar esa base?

El tránsito desde la base existencial -el contenido de la posición social- hasta las creencias concretas, es largo y está plagado de mediaciones. Sin embargo, cabe la posibilidad de que la naturaleza básica de esas creencias esté determinada, en buena parte, por la base misma, y esa posibilidad es la que se asume en las reflexiones siguientes.

Después de todo, ello no es tan irrazonable. Como bien señala Sartre (4), la condición obrera no es vivida por un obrero específico como condición general y abstracta: se trata de una infancia en una familia obrera concreta, de grupos primarios obreros concretos, etc. Sin embargo, ello no es obstáculo para que las ideologías obreras presenten ciertos rasgos básicos casi universales, que expresan esa condición general con una cierta independencia de la naturaleza peculiar de mediaciones concretas. Es esta determinación la que interesa rescatar.

(4) J.P. Sartre, Cuestiones de Método en Crítica de la Razón Dialéctica, T.I. Losada, B. Aires, 1963.

I.

Un mismo proceso demográfico puede tener significados distintos, según las condiciones sociales generales dentro de cuyo marco se produce. Así, por ejemplo, la migración desde el campo a las ciudades constituye un proceso distinto según si ella ocurre en una época de expansión industrial caracterizada por una demanda de trabajo creciente, o si las condiciones son tales que esa oferta de puestos por la economía se encuentra en contracción.

El problema demográfico contemporáneo de una buena parte de los países latinoamericanos parece ser susceptible de describirse en términos más cercanos a una situación del segundo tipo: la población urbana crece, tanto en términos absolutos como relativos, en virtud de las altas tasas de crecimiento poblacional y el éxodo rural, mientras que el tamaño relativo del total de oportunidades ofrecidas por la economía se contrae.

Para un cierto nivel de análisis, podría bastar con describir la situación señalando que hay un déficit permanente de demanda de trabajo, déficit que va en aumento porque la oferta de trabajo crece -como consecuencia de los movimientos demográficos indicados- y el crecimiento de la demanda es

negativo o muy bajo, sea porque la economía muestra una tasa de crecimiento secularmente baja, o porque hay una sustitución creciente de técnicas intensivas en trabajo por técnicas intensivas en capital.

Para los fines de estas reflexiones, interesa utilizar un aparato conceptual ligeramente distinto, pero que en definitiva refleja el mismo fenómeno que la noción de un déficit creciente de la demanda de trabajo, sólo que pretende describirlo a un nivel más desagregado. La razón de ser de este proceder se explica por la mayor conveniencia que presenta esta manera de hablar en términos de la caracterización de posiciones sociales.

En el presente contexto, la noción de oportunidad o puesto connota, no simplemente un empleo, sino una situación que extiende sus efectos en el tiempo, este es, una situación duradera. La manera más simple de definir esta noción es por apelación a una simple matriz de transición, en que se asume que una persona puede encontrarse en dos estados alternativos: ocupado y desocupado:

$t_n + 1$

	Ocupado	Desocupado
Ocupado	p	$1-p$
Desocupado	$1-q$	q

En esta matriz, p es la probabilidad de encontrarse empleado en dos instantes o momentos de tiempo considerados sucesivos, y q es la probabilidad de encontrarse sin empleo en esos dos momentos. La interpretación de $(1-p)$ y de $(1-q)$ es inmediata.

Para que pueda decirse de una persona que ella ocupa o desempeña un puesto en la economía, es necesario que en la matriz de transición que la caracteriza p sea significativamente mayor que $(1-p)$, y que $(1-q)$ sea significativamente mayor que q .

En esta situación extrema, lo que se tiene son personas que gozan de gran estabilidad en sus empleos, y cuya permanencia media en el estado de cesantía es mínima. Si bien esta situación es característica de grupos privilegiados con actividades no manuales, parece razonable admitir que puede

haber estratos obreros, especialmente calificados, susceptibles de caracterizarse en estos términos.

Sin embargo, hay actividades económicas que, por su naturaleza, se caracterizan por una matriz en que la probabilidad $(1-p)$ es bastante más alta que en caso anterior, pero este hecho se ve compensado por una probabilidad $(1-q)$ también alta. El ejemplo típico es el de la industria de la construcción, donde los estados de desocupado y ocupado se alternan con rapidez, pero el tiempo medio de permanencia en el estado de desempleo es relativamente corto en relación con otras situaciones. En estos casos, se estimará que se está frente a un puesto, o a una auténtica oportunidad generada por la economía, sin perjuicio de que convenga establecer la diferenciación en otros contextos y para otros fines.

Una tercera posibilidad la constituyen aquellas situaciones en que la matriz que las describe muestra una probabilidad p alta y una probabilidad q alta también, es decir, una vez que se tiene un empleo él se conserva por largo tiempo, pero al perderlo es difícil abandonar el estado de desempleo. Este puede ser el caso de los obreros de edad relativamente avanzada, para quienes puede ser difícil perder el empleo, pero también puede ser difícil volver a emplearse una vez

perdido, o bien, el caso de obreros calificados muy especializados respecto de los cuales la demanda de trabajo es muy reducida. En todo caso, y puesto que nuestro interés radica en plazos no demasiado largos, se considerará que estas situaciones constituyen puestos.

Finalmente, se tienen las situaciones caracterizadas por una matriz en que p es muy baja y q es muy alta. Aquí, las personas pasan la mayor parte del tiempo desempleadas, y los empleos que encuentran son de muy corta duración, sea por la naturaleza misma del empleo, sea por una muy alta frecuencia de despidos. En general, tenderemos a suponer que es la primera hipótesis la que es válida. Se trata, entonces, de personas que sólo esporádicamente encuentran ocupaciones, de naturaleza ocasional y corta duración, pasando la mayor parte del tiempo desempleados.

Respecto de este último tipo de situaciones, diremos que ellas no constituyen auténticas oportunidades generadas por la economía, es decir, no se trata de puestos. De esta manera, hemos diferenciado dos tipos bien definidos de situaciones.

Podría pensarse que la resultante de la conjunción del movimiento demográfico y del movimiento económico anteriormente descrita, es susceptible de una única interpretación a la luz de la distinción conceptual recién hecha. Sin embargo, ello no es así. En efecto, podría suponerse que el crecimiento de la población urbana y el bajo crecimiento económico llevan a una economía caracterizada por una tendencia hacia la desaparición de oportunidades auténticas, esto es, en el caso extremo, a una economía en que todas las situaciones son del segundo tipo considerado.

Puede que este supuesto sea útil en términos de la descripción de coyunturas excepcionales de crisis aguda y extrema, pero parece difícil que una situación de una índole como la asumida perdure en el tiempo, llegando a describir el estado ordinario de cosas. La economía habría dejado de ser viable y, o transitaría hacia un nuevo marco institucional, o se sumiría en la más absoluta decadencia.

Si bien el problema es, en definitiva, de resolución empírica, hay entonces razones que permiten suponer a priori que la conjunción de los movimientos demográfico y económico lleva a un orden de cosas caracterizado por la presencia de

los dos tipos de situaciones. De esta manera, la economía genera oportunidades auténticas, pero el peso relativo de estas oportunidades o puestos disminuye constantemente; a la inversa, el tamaño absoluto y relativo de aquellas situaciones que no constituyen puestos aumenta y adquiere magnitudes cada vez más significativas.

En cierto modo, las oportunidades o puestos y las situaciones de desempleo o subempleo crónicos aparecen como atributos de los individuos. Ello es efectivo, en cuanto la vinculación entre persona y un puesto determina para ésta una biografía ocupacional estable -de hecho, puesto y biografía ocupacional estable son dos caras de una misma medalla-; inversamente, la vinculación a una situación del segundo tipo supone una biografía caracterizada por desempleo y ocupaciones ciertas y precarias. De esta manera, ambas nociones vienen a describir distintas posiciones económicas, esto es, denotan conjuntos de personas en situaciones análogas y que probablemente permanecerán en ese conjunto o categoría por el resto de sus días.

Así, si se quiere reflexionar sobre el tránsito de personas de una posición a otra, habría que suponer -si ese tránsito se concibe como provisto de alguna estructura- en una nueva matriz de probabilidades de transición, en que los estados alternativos estarían constituidos ahora por las dos posiciones en cuestión.

Este problema del tránsito o movilidad de una posición a otra puede plantear problemas difíciles, por lo menos al nivel especulativo en que nos manejamos. Desde un punto de vista personal, el atributo de una matriz de transición del segundo tipo constituye una real maldición o estigma; pues bien, se pueden invocar argumentos que darán plausibilidad a la noción de que este estigma es de nacimiento, esto es, que el reclutamiento para esta posición se hace preferentemente a partir de ciertas categorías. Así, podría pensarse que la contribución más significativa a la posición en cuestión proviene del flujo migratorio rural-urbano. Hay algunas calificaciones que vale la pena destacar aquí, por lo menos para mostrar de qué manera el problema queda abierto a la investigación.

La subsistencia de la posición del primer tipo se explica en gran parte por requerimientos estructurales: por ejemplo, es imposible llevar a cabo un proceso de producción de escala mediana, con una tecnología medianamente sofisticada, cuando hay una rotación continua del personal. Pero estos requerimientos de índole más bien técnica, se ven reforzados por la acción de fuerzas de naturaleza más social: existe una tendencia universal de los obreros industriales a intentar lograr una máxima seguridad e inmovilidad en el puesto, opuesta a la tendencia igualmente universal del capital a intentar lograr un máximo grado de inseguridad y precariedad, por lo menos formal; el conflicto social cristaliza a menudo en resultados que implican otorgar una naturaleza casi adscriptiva a las auténticas oportunidades o puestos ya existentes en la economía.

Si bien la resultante de esta tensión puede servir para explicar, en parte, la diferenciación de las dos posiciones en la economía, también puede pensarse que ella apunta hacia una aspiración a perpetua: la posición económica, no ya en el seno de una generación, sino a lo largo de las generaciones.

Si esta aspiración existe, parece razonable suponer que ella es satisfecha en gran parte. En efecto, el reclutamiento para puestos específicos en la economía parece proceder fundamentalmente mediante redes informales de comunicación e información, y la posesión de un puesto otorga a la persona una posición privilegiada en estas redes.

De esta manera, los descendientes de las personas pertenecientes a la primera posición tendrían una opción privilegiada en términos de los puestos nuevos y puestos vacantes que existan en la economía. El tamaño del excedente, este es, la cantidad de puestos remanentes, serán disputados por personas que se encuentran en la segunda posición, por los descendientes de éstos que se incorporan a la fuerza de trabajo y, puesto que suponemos que los antiguos migrantes se han incorporado a alguna de las dos categorías, por los migrantes recientes. Para poder atribuir una segunda opción privilegiada a alguno de estos tres conjuntos, habría que analizar las posibilidades de ubicación estratégica en el sistema de redes informales aludido.

En todo caso, y dado que el proceso que se encuentra en la base de estos fenómenos es de una naturaleza acumulativa, el tamaño relativo del total de puestos disminuye,

en relación con la magnitud creciente de la fuerza de trabajo, conduciendo a un crecimiento constante de las proporciones que pasan al segundo tipo de situación.

Puesto que lo que se ha definido aquí son dos posiciones bien diferenciadas en la economía, convendría acuñar dos nociones que permitieran designarlas de una manera más sintética, más no sea en razón de la economía de la escritura. El segundo tipo de situaciones descrito se asemeja bastante a la tercera forma distinguida por Marx en el ejército industrial de reserva (5): la forma intermitente. Sin embargo, ese concepto se encuentra vinculado a todas las connotaciones contenidas en la noción de superpoblación relativa. De utilizarlo, habría que asumir que esta categoría de personas cumple funciones bien definidas en el proceso económico, y la verdad es que preferimos considerar este estado de cosas como un puro resultado de un proceso, siendo probable que no se pueda apelar a una racionalidad global o sistemática, aunque inhumana, para explicarlo.

(5) El Capital, Libro I, cap. XXV y IV.

De esta manera, designaremos a estas personas y a la posición económica que las caracteriza mediante las nociones de subproletariado o masa marginal, indistintamente. En cuanto al conjunto de situaciones denotadas por el primer tipo o posición, nos referiremos a ellas usualmente mediante la etiqueta de obreros industriales y otras análogas, reconociendo desde ya que una parte considerable de esas situaciones pueden insertarse en el sector terciario, y no en el secundario. Esto no afecta mayormente la consistencia de lo que a continuación se expone.

II.

Todo grupo social, definido en términos de una posición económica, genera reivindicaciones cuyo contenido refleja las características de esa posición. Así, las reivindicaciones por mejores salarios, mejores condiciones de trabajo, a la huelga como herramienta legítima en el proceso de negociación de los salarios y condiciones de trabajo, son reivindicaciones típicamente obreras.

No es necesario recurrir al obrero industrial para ilustrar esta tesis. Las demandas con un claro contenido fiscal -por la derogación de aranceles o la implantación de aranceles, en contra de un cierto impuesto, etc.- se pueden atribuir sin mayores proámbulos a posiciones económicas bien específicas. De la misma manera, se puede apostar casi sobre seguro que una demanda por una educación de mejor calidad y menos autoritaria se ha generado en ciertas fracciones de los sectores medios, usualmente calificados de profesionales o intelectuales.

Quizás más importante que el hecho de que cada posición específica genera tipos también específicos de reivindicaciones o demandas, lo es que estas reivindicaciones aparecen revestidas de una cierta legitimidad que se invoca. Ciertamente, toda reivindicación o demanda responde a un interés, propio de la posición de que se trata, pero este interés es esgrimido como un interés legítimo por apelación a un determinado fundamento de legitimidad, de carácter general, que valida el conjunto de pretensiones del grupo social.

Lo usual es que, cuando la posición del grupo se vincula al desempeño de funciones positivas y estimadas como esenciales en el conjunto de la vida económica y social, este fundamento de legitimidad se identifica con el cumplimiento de esas funciones. Así, la demanda por tierras, crédito y equipamiento -un ejemplo de demanda típicamente campesina-, es legítima en virtud de que el grupo que la plantea de hecho alimenta al resto de la población no campesina.

El nivel del interés económico-cooperativo no es, claramente, el único nivel discernible. Según se sabe, los grupos pueden trascenderlo, postulando principios de organización global e intereses de naturaleza general.

No obstante, este nivel es esencial, y ello por dos razones: por una parte, estos intereses dominan ampliamente lo que podemos llamar la "pequeña política" (6), y las coyunturas extraordinarias, en que chocan y combaten las grandes concepciones de la organización social, se explican como un producto de la dinámica de la "pequeña política"; por otra parte, son estos intereses, las posiciones que reflejan y las notas estructurales que constituyen su fundamento general de legitimidad, el material a partir del cual se construyen las visiones, utopías y proyectos que los trascienden y aspiran a la hegemonía en términos de la sociedad global.

Conviene partir entonces por la pregunta acerca del tipo de reivindicaciones que la masa marginal puede generar, a partir de su peculiar posición, y acerca de los posibles fundamentos generales que ella puede esgrimir como base de legitimidad de esas demandas.

El problema del subproletariado reside en que, en virtud de la naturaleza de su posición, le es imposible invocar un fundamento de legitimidad que se apoye en funciones positivas identificables, desempeñadas en la vida

(6) A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, Nueva Visión, B. Aires, 1972, p. 169.

económica. Esto se puede ver con claridad, si se piensa en la situación del subproletariado por oposición a la situación del obrero industrial.

El obrero industrial está inserto en un gran complejo estructural relativamente sólido, en un orden económico que domina a la sociedad y en el cual es una pieza, más o menos esencial. La producción industrial contemporánea es producción de mercancías por medio de mercancías, y ello supone una compleja red de interrelaciones que garantizan una dependencia mutua casi absoluta. Esta noción de que en la categoría de obrero industrial descansa el conjunto de la producción social, parece jugar un rol básico en toda ideología obrera y constituye el fundamento de legitimidad de las reivindicaciones o demandas obreras.

Contrariamente, la masa marginal no se vincula a funciones positivas y, si se vincula a alguna función, es en términos casi puramente negativos: su presencia explicaría ciertas imposibilidades, porque ciertas cosas no ocurren, como, por ejemplo, porque los salarios no suban por arriba de un cierto límite o porque la participación obrera en el ingreso nacional no pueda exceder una determinada proporción.

En definitiva, lo único que el subproletario puede exhibir -aparte de sus empleos esporádicos, en los que muchas veces no se visualiza de modo claro una contribución productiva- es su propia persona y el correlato de necesidades aparejadas, de las cuales la más importante es sobrevivir, puesto que vivir es un negocio siempre riesgoso y precario en estas condiciones.

Es esta característica negativa de la posición que define a la masa marginal la que es esencial para comprender la naturaleza de sus reivindicaciones y el sentido que ellas puedan adquirir en términos del fundamento de legitimidad que se puede llegar a invocar.

La demanda del subproletario responde fundamentalmente a intereses que son intereses de consumidor, y no de productor-consumidor (o de consumidor-productor). Lo que importa no es tanto que las reivindicaciones recaigan en necesidades que pueden considerarse como más elementales en comparación con la demanda de otros grupos sociales, sino que esa demanda aparece desvinculada de un proceso social de producción que le otorgue un sentido objetivo más global, esto es, aparece como una reivindicación aislada que pretende bastarse a sí misma.

En efecto, compárese la reivindicación obrera por una jornada de trabajo de determinada duración, y la demanda de una "población" por atención médica. En el primer caso, el contenido de la reivindicación afecta a la totalidad del proceso productivo, y es en su calidad de tal productor que el obrero hace esa demanda. En el caso de la "población", el significado de la reivindicación no emerge de una situación de productor (o de su relación con un cierto estilo de vida, o de los requerimientos (reales o supuestos) impuestos por ciertas funciones de dirección y control): simplemente, acontece que hay gente que vive allí y que necesita atención médica(7).

De manera sumaria, podríamos entonces decir que la demanda propia del subproletario se caracteriza por su orientación básica hacia la distribución. En un cierto sentido, estas reivindicaciones compartirían la naturaleza "parasitaria" que presenta la demanda de la plebe en la ciudad antigua, la que exige un pan más barato exhibiendo como único título de legitimidad el puro hecho de su existencia.

(7) El sentido vecinal o "poblacional" de la demanda es un tema que se tocará posteriormente.

De esta manera, y dado el fundamento fáctico en que puede cimentar la legitimidad de sus pretensiones -la invocación de la propia persona y las propias necesidades-, el subproletario tiene que apelar a marcos ideológicos con características especiales para poder dar contenido a esa legitimidad.

La difusión de las ideas liberales, por lo menos a nivel de la sociedad civil, ya que no en la política propiamente tal, presenta una primera posibilidad en términos de esa búsqueda de legitimidad. La concepción liberal de la sociedad, en cuanto contempla como noción básica una idea abstracta de individuo, que prescinde de las situaciones concretas y los modos específicos de inserción en la sociedad, tiende a diluir la legitimidad conferida por la conciencia del cumplimiento de una función social básica, y a sustituirla por la simple apelación a un "derecho" del individuo. Así, la demanda del subproletario puede aparecer, pura y simplemente, como una instancia más del ejercicio del derecho de petición.

Se hace difícil concebir que esa concepción liberal pueda encarnar en las creencias concretas de la masa marginal. Desde la otra cara de la medalla, esto es, desde el punto de

vista de los grupos sociales distintos del subproletario, tampoco parece probable que esta concepción pueda ser utilizada para los fines de la interpretación y comprensión de la masa marginal y sus reivindicaciones por parte de esos otros grupos. El relegamiento del liberalismo a una función casi exclusivamente retórica se hace patente cuando se observa la vida política y se constata la presencia y el rol dominante que ejercen las argumentaciones de índole académico-corporativo, o las argumentaciones, de naturaleza ideológica más general, que apelan al desempeño de funciones como base de legitimidad.

Sin embargo, vale la pena destacar esta posibilidad porque hay un sector -la burocracia estatal- que tiende a interpretar la demanda del subproletario precisamente en esos términos. Para el burócrata, una buena parte de las reivindicaciones que con mayor frecuencia esgrime la masa marginal, caen en el ámbito de ciertas funciones que se supone que el Estado debe cumplir sin más (obras sanitarias, alumbrado, pavimentación, atención médica, etc.). Pero este modo de relacionamiento no es específico de esta relación particular, sino que caracteriza en general la actividad burocrática.

El humanismo de corte liberal, en cambio, parece poder cumplir con éxito esa función legitimadora, por lo menos en el ámbito de la conducta de los otros grupos sociales. Estamos pensando en la difusión de nociones tales como los de derechos humanos, derecho a una existencia digna, a acceder a la cultura, etc. En el caso de algunos grupos sociales, el manejo de estas nociones no pasa de una retórica desvergonzada; no obstante, éste parece ser el marco ideológico sincero mediante el cual importantes sectores medios se aproximan al problema que, para ellos, plantea la masa marginal.

Obviamente, la interpretación e incorporación de la demanda del subproletario por constelaciones ideológicas de tipo populista, sea de izquierda o de derecha, no es un gran problema: la categoría de "pueblo" es un barril sin fondo que da para todo. Sin embargo, lo más probable es que, hoy por hoy, las versiones populistas se vean en la necesidad de modificar, alterando sustancialmente su significado, la imagen de una demanda pura y simplemente "popular" (plebeya), sin mayores ropajes, que puede convenir satisfacer en la consecución de intereses políticos.

Al parecer, esto se logra mediante la incorporación de nociones provenientes del humanismo liberal, según lo ilustran adecuadamente algunas experiencias históricas recientes.

Exactamente lo mismo acontece en el caso de los nacionalismos que podríamos llamar de izquierda. Si bien el tipo de nociones que se manejan en este contexto tienden a diluir la eficacia de las pretensiones que ape- lan a un fundamento funcional de legitimidad, estas orien- taciones ideológicas parecen exigir elementos análogos a los utilizados por el populismo: el derecho a una vida más "moderna" y digna.

Cuando nos movemos hacia la derecha del espectro, la interpretación e incorporación de la demanda de la masa marginal se torna más problemática. En el caso de los na- cionalismos de derecha, la invocación de la calidad de na- cional (en cuanto pertenencia a la nación), elemento central en estas constelaciones ideológicas, abre una posibilidad -al igual que en el caso anterior- para esa interpretación e incorporación. Pero estas orientaciones se caracterizan por la presencia de una antinomia profunda e irresoluble:

hay un énfasis, tan vigoroso como el énfasis recién señalado, en una legitimidad de naturaleza económico-corporativa, la que es utilizada de modo muy coherente en la evaluación de las diversas reivindicaciones planteadas por los grupos sociales. Esta contradicción confiere, desde la partida, un status de ambigüedad a la demanda de sectores en los que esa vinculación positiva no es patente, y estos sectores excedan con largueza al de los subproletarios.

Esa ambigüedad se despeja en el seno de aquellas orientaciones de extrema derecha, donde el elemento nacionalista juega un rol secundario y pasan a primer plano las nociones que apuntan hacia una sociedad orgánica y jerarquizada. Aquí, la demanda del subproletario y otros tipos similares de demanda tienen simplemente un carácter ilegítimo.

Ciertamente, esta comprensión de la demanda de la masa marginal como demanda ilegítima, no es obstáculo para que, en el desarrollo del conflicto político, los grupos sociales que así la interpretan intenten satisfacerla, en alguna medida, en términos de los recursos de poder que esa masa pueda significar.

Lo más probable es que aquellos grupos que encuentran su expresión ideológica en un conservantismo constitucionalista, perciban también esa demanda como simple reivindicación plebeya y, por tanto, ilegítima. Ello no impide que puedan tener éxito en obtener el apoyo de sectores importantes de la masa marginal -por ejemplo, en contiendas electorales-, mediante el simple expediente de solucionar, o prometer solucionar, algunos problemas urgentes.

Por otra parte, no parece razonable calificar de irracional esa conducta de ciertos sectores subproletarios. Puede acontecer que en el contexto específico de que se trata -contienda electoral; solicitud de apoyos de otra naturaleza, pero de bajo coste personal- esa conducta sea plenamente racional. El problema radica en otra parte, y no en una presunta naturaleza irracional de la masa marginal; por un lado, en el carácter primitivo de la demanda marginal, lo que significa que tratar de satisfacerla en alguna medida y en términos muy coyunturales, no es asunto demasiado complicado; por otro lado, acontece que aún aquellas orientaciones ideológicas que la interpretan como legítima y la incorporan, se han mostrado incapaces de procesarla en otros términos que no sean precisamente los mismos recién mencionados. El resultado es que la masa marginal está "disponible", pero "disponible", para quien aparezca como el mejor postor.

Esa incapacidad recién aludida se manifiesta en el carácter abstracto y un tanto irreal que presentan las posibles "salidas" a la condición subproletaria postuladas en el seno de algunas orientaciones ideológicas: nunca van más allá, ni probablemente pueden ir más allá, de constatar el estado de cosas y, a partir de un diagnóstico global, indicar la necesidad de ciertos cursos para la economía y la sociedad, brumosos y mal definidos, que permitirían trascender, en un futuro incierto, las actuales condiciones.

Lo importante es que ese diagnóstico no es capaz de indicar cursos concretos de acción que permitan a la masa marginal trascender, en el presente, la naturaleza primitiva de su demanda, dándole un significado más global y, al mismo tiempo, positivo. En el fondo, es difícil explicarse por qué el subproletariado existe -en un sentido teleológico, no causal-, y entonces la percepción que se tiene de este grupo social es puramente negativa: la masa marginal no tiene razón de ser y, simplemente, no debería existir. El ideal es que todos ellos pasen a ser otra cosa, pero esta posibilidad de tránsito no encierra nada de positivo en sí, en cuanto posible trayectoria histórica concreta.

Este rasgo del modo de relacionarse con el subproletario es compartido por aquellas orientaciones ideológicas, mediante las cuales se expresan sectores importantes de obreros, que podríamos llamar de socialistas más ortodoxos, o socialismo clásico, cristalizadas en la actividad de los partidos obreros tradicionales y en la actividad de las organizaciones típicamente obreras. La situación es diferente para los socialismos "de la miseria y la opresión" de naturaleza salvacionista, un punto que discutiremos con cierto detalle más tarde. También hay diferencias en cuanto a aquellas corrientes eminentemente "activistas", por calificarlas de alguna manera, problema que analizaremos a continuación.

En las ideologías típicamente obreras, la función esencial que cumple la posición económica en el proceso de producción y en la reproducción y crecimiento social, es el elemento central. Ello es por demás conocido y no vale la pena entrar en detalles. Sin embargo, conviene destacar que, como fruto de la reacción a aquellas experiencias históricas fundamentales para este tipo de orientación ideológica, este elemento central parece haber recibido un nuevo énfasis, desplazando y subordinando otras temáticas, en un momento centrales -por ejemplo, el problema de la industrialización y el crecimiento económico. De aquí la

emergencia a un plano privilegiado de cuestiones tales como las de participación, control de la producción, democracia, etc.

Esta tendencia contemporánea no hace más que agravar la dificultad de estas constelaciones ideológicas para interpretar la demanda marginal, en cuanto apunta hacia cuestiones de poca relevancia para el subproletario. En definitiva, si bien el obrero es capaz de generar simpatías hacia la condición del subproletario, en virtud de un principio básico de solidaridad entre oprimidos, no puede ver en éste otra cosa que un posible proletario futuro, en una etapa, quizás distante, de crecimiento económico popularmente dirigido y controlado.

Ello significa, nuevamente, que los problemas concretos de hoy no encuentran una posibilidad efectiva de alcanzar una cierta trascendencia y un significado que otorgue sentido a la vida, tal como se vive ahora. En el fondo, la percepción de la masa marginal por el obrero es también eminentemente negativa, aún cuando está teñida de disposiciones afectivas positivas. Sin embargo, este último componente también puede llegar a faltar, y a ser sustituido por sentimiento de hostilidad.

Elle acontecería si el subproletario llega a ser percibido como una amenaza, bien porque se le ve como ejerciendo una presión afectiva en el mercado de trabajo, provocando de este modo una serie de efectos económicos indeseables para el obrero -disminución de la capacidad colectiva de negociación y la consiguiente restricción en las posibilidades de crecimiento del salario-, o en virtud de que se le identifique como una fuente, más o menos real o ilusoria, de riesgos y quebrantos para la normalidad del estilo de vida cotidiano de la familia obrera -por ejemplo, alteraciones en la paz vecinal, delincuencia, hábitos de relacionamiento considerados reprobables, etc.

La noción de un socialismo "activista" señala hacia orientaciones ideológicas, menos estructuradas y coherentes que las anteriores, en que la preocupación fundamental reside en la identificación de agentes de cambio posibles, relegando a un lugar secundario el problema de la visión o proyecto que estructurará el futuro, la cual adquiere características de notable vaguedad y generalidad. Esta ausencia de contenido se ve complementada, por una postura casi irracional en términos de las posibilidades de control, previsibilidad y dirección en la vida política, sustituyendo la orientación con arreglo a un fin por consideraciones éticas y aún estéticas.

Interesa destacar aquí este tipo de constelación ideológica, porque las últimas décadas han abundado en análisis y especulaciones, que se inscriben en esta corriente, que identifican en la masa marginal una fuente casi segura de contestación radical, por tanto, un sujeto histórico privilegiado, a lo menos en términos del movimiento más inmediato de la sociedad. La tesis central que apoya este tipo de argumentación es la tantas veces repetida aseveración de que las posibilidades más radicales de contestación están relacionadas con los más altos grados de frustración que la sociedad exhibe.

Esta tesis establece un vínculo de parentesco entre este socialismo "activista" o "accionalista", y la percepción de los grupos sociales dominantes de la amenaza, seria e inmediata, que puede constituir la masa marginal. La lógica contenida en una y otra argumentación es la misma; lo que cambia es la valoración del posible resultado.

A diferencia de lo que ocurre con las constelaciones ideológicas anteriores, encontramos aquí lo que, en un cierto sentido, podríamos calificar de rescate de la situación de subproletario. Si este tipo de orientaciones alcanza una cierta difusión y tiene una acogida más cálida por el subproletario, no es por la verdad -bastante dudosa- contenida

en la tesis arriba aludida, sino porque ellas le permiten trascender su propia demanda, adquiriendo su situación, tal como ella es hoy día y ahora, una característica de positividad hasta entonces ausente.

Más aún, ellas son capaces de ofrecer al subproletario cursos de acción concretos e inmediatos, capaces de otorgar un sentido amplio a su existencia cotidiana. Es esta necesidad la que puede llevar al subproletario a embarcarse en actividades contestarias riesgosas y que pueden implicar un alto costo en términos físicos y de satisfacción de las necesidades elementales propias de la posición económica, más que la cólera o el resentimiento producidos por una frustración endémica.

Pero, por otra parte, las potencialidades que revela esta orientación ideológica apuntan desde ya al tipo de complicaciones y antinomias que resultan de la condición subproletaria. En definitiva, mal se puede, en el contexto de la "pequeña política", legitimar la demanda marginal en términos de un marco ideológico análogo al descrito. Por otra parte, si ese tipo de creencias comienzan a orientar efectivamente los cursos de acción que se adoptan, entonces la

alineación, respecto de la masa marginal y sus expresiones políticas, de los restantes grupos sociales es casi segura. Todo ello conduce a disminuir la probabilidad de éxito en la satisfacción, más o menos parcial, de la demanda. Pero para aumentar esa probabilidad, es necesario, precisamente, entrar a negar esta interpretación y sus consecuencias. De esta manera, se puede entrar en un círculo vicioso que lleva desde una cierta movilización a la desmovilización, con una culminación probable en la apatía o en el retraimiento.

En el fondo, acontece que los cursos de acción exigidos, y que permiten dar solución al problema de la trascendencia y el sentido de la propia existencia, son de una naturaleza extraordinaria, en cuanto no se vinculan de un modo orgánico a la vida cotidiana de la masa marginal. La situación es justamente la inversa de la del obrero, quien puede interpretar cada pequeña victoria obtenida como una real "conquista", que se acumula a otras "conquistas", abriendo así el paso hacia futuros concretos que otorgan un significado a su actividad.

Estas consideraciones nos llevan de lleno al problema de los contenidos de conciencia posibles que el subproletario pueda generar en términos de su propia identificación, en cuanto asunto distinto del examen de las constelaciones ideológicas que pueden ser utilizadas por otros grupos sociales para el fin de interpretar a la masa marginal y su demanda. Ello nos permitirá trazar un cuadro global de la situación social y política del subproletario, y del impacto de su emergencia en la vida política.

III.

Una primera alternativa, que no hay que descuidar, es que el subproletario aparezca como conforme, tanto con las satisfacciones parciales que ha logrado y las que cree que logrará, como con la insatisfacción que permanece.

Esa posibilidad es real, en razón de la naturaleza primitiva y elemental de la demanda marginal. En efecto, ciertos progresos modestos en términos de aspectos concretos de esa demanda, parecen suficientes para inducir un conformismo de larga duración(7).

Esta situación de conformismo parece ser la prevalente pero a este conformismo pueden subyacer actitudes totalmente distintas.

Por una parte, puede tratarse de un conformismo resignado, en que esta resignación se fundamenta en la percepción de un orden social relativamente inamovible y donde a uno le cupo la mala suerte de quedar abajo. Para los sectores más tradicionales de la masa marginal, puede que este orden aparezca como legítimo en virtud de consideraciones religiosas, o en términos de criterios de deferencia y servilidad. Pero existe

(7) W.A. Cornelius, Urbanization as an Agent in Latin American Political Instability: The case of Mexico, A. Pol. Sc. Rev. Vol. LXIII, N° 3.

la posibilidad de que se considere el estado de cosas simplemente como dado y permanente -la vida es así- y que el conformismo traduzca simplemente una desesperación resignada.

La conformidad puede expresar también una actitud general de optimismo, esto es, una creencia en la posibilidad de logros concretos en un futuro próximo, creencia que puede tener bases sólidas. Este es probablemente el caso de los subproletarios que emergen en posiciones de liderazgo en agrupaciones vecinales y que son cooptados exitosamente por partidos y organizaciones gubernamentales. Por lo demás, gran parte de la actividad política orientada hacia la movilización de la masa marginal como recurso de poder manipulable se apoya en un conformismo optimista, o intenta generarlo.

Finalmente, el conformismo puede responder a una actitud esencialmente única, en la que se postula un orden social darwiniano, donde lo que únicamente queda, una vez constatado este orden de cosas, es tratar de obtener aquellas ventajas que se ofrecen de manera inmediata, por poco que a uno le guste que las cosas sean así.

Salvo el caso de los sectores que muestren dosis abundantes de conformismo optimista, es difícil para la masa marginal lograr identificar su propia demanda como legítima. Desde la perspectiva del conformismo resignado, la demanda gozará, a lo más, de la legitimidad a que puede aspirar una petición o un anhelo frente a altos poderes personales, capaces de comportamientos graciosos o dâvidas.

Para el cínico, ninguna demanda es legítima. En definitiva, toda reivindicación sólo refleja un apetito más, tan válido como cualquier otro. Lo que cuenta es la capacidad que se tiene para satisfacerlo, independientemente de consideraciones de justicia o humanitarias.

Sobre estas bases, es difícil que llegue a levantarse un edificio ideológico sólido, que conservando el carácter originario de la demanda, le otorgue un significado más global.

En realidad, las posibilidades de orientación ideológica de la masa marginal provienen siempre desde fuera y, según se ha visto, con escasas probabilidades de éxito. Salvo el caso de las orientaciones socialistas "accionalistas", ya

analizado, las dos alternativas restantes están constituidas por la adopción de orientaciones ideológicas establecidas por parte de sectores en que predomina el conformismo optimista, o por la emergencia de orientaciones y comportamientos salvacionistas en épocas de crisis social y política.

Dejando de lado a aquellos sectores que generan lealtades a organizaciones o individuos en virtud de un flujo más o menos continuo de recompensas por apoyos políticos prestados, lo más probable es que el conformista optimista logre asimilar creencias emparentadas con alguna versión humanista -o humanitaria-liberal. Lo que estas orientaciones le proporcionan es la posibilidad de diluir su peculiar posición y, esgrimiendo su calidad de ser humano -hombre, persona, etc.-, legitimar su demanda por apelación a ciertos derechos esenciales, propios de esa calidad.

Es difícil que las constelaciones ideológicas que presentan esa clase de rasgos, contengan elementos que le permitan al subproletario construirse una identificación positiva que recupere los aspectos concretos de su vida. Pero la noción de una calidad humana que se asocia a ciertos derechos esenciales -que se formulan de manera más bien abstracta-, le permite generalizar la demanda, dándole una naturaleza menos

primitiva y acercándola a una reivindicación, más global, de todo un estilo de vida anhelado. Así, la demanda pasa a ser reivindicación del derecho a una existencia digna en general.

Parece improbable que este tipo de creencias logren una mínima solidez y permanencia, en ausencia de una sucesión continua de avances que, aunque marginales, constituyan progresos efectivos.

Lo que usualmente acontece es que ellas florezcan bajo el impacto de una reivindicación exitosa importante -por ejemplo, la obtención de terrenos para una población, alcantarillado, luz eléctrica, etc.-, para languidecer posteriormente, dejando nuevamente el paso al simple conformismo o al cinismo. De esta manera, la condición de su permanencia reside en una política continuada, que detenga a tiempo el proceso de erosión subsiguiente. Ello se explica por la naturaleza misma de estas orientaciones ideológicas. Ellas no pueden proporcionar al subproletario indicaciones específicas acerca de los usos de acción posibles para la consecución de la meta perseguida, o acerca de su función social en relación con esa meta. Lo que ellas proponen al subproletario es,

o bien una imagen de vida provista de seguridad y confort material, pero existente en un vacío y sin vincularse a función social alguna -es decir, una visión netamente "consumidera"-, o un futuro proletario que no contiene indicación alguna respecto de cómo pueda realizarse ese tránsito.

Según se vió, el socialismo "accionalista" parece salvar precisamente esos vacíos. Pero, aparte de las dificultades ya examinadas, es relativamente claro que la positividad que él otorga a la masa marginal es de naturaleza política adjetiva. En el fondo, la masa marginal vale por una supuesta agresividad y un coraje ilimitado -puesto que son realmente aquellos que nada tienen que perder-, no porque sean portadores de contenidos de conciencia y orientaciones originales, que pueden enriquecer la vida social.

Hay experiencias históricas recientes que apuntan hacia la posibilidad de que, en épocas de crisis política, polarización y movilización intensa, la masa marginal logre una expresión cabal de su posición económica y social, con sus correspondientes desventuras y anhelos, mediante una constelación ideológica que, aún cuando rescata elementos propios de las ideologías obreras clásicas, presenta intensas connota-

ciones salvacionistas que modifican sustancialmente su significado(8).

El rasgo distintivo de este salvacionismo es la visión de un modo de vida que, rescatando la condición material marginal -su pobreza y su dureza-, se construye en torno a virtudes que son percibidas en estrecha asociación con esas condiciones materiales: en oposición al egoísmo de la abundancia y la melicis, la generosidad y la capacidad de sacrificio; en oposición al egoísmo del mundo exterior, la solidaridad de la convivencia en común; en oposición a la corrupción y venalismo exteriores, la entereza moral de aquellos que no tienen nada que perder.

Como todo salvacionismo, la salvación -este es, la vida nueva que permite trascender la propia condición y que da sentido a la existencia- es colectiva, pero la colectividad a que está referida es una unidad vecinal: la "población". Ello responde a las características de la posición marginal. Contrariamente al caso del obrero industrial, quienes encuentran su unidad social en el mismo lugar de trabajo, a partir

(8) La noción de salvacionista, tal como es usada aquí, ha sido adaptada de: N. Cohn, The Pursuit of the Millennium, ed. revisada, Oxford University Press, 1970.

del cual emergen de manera natural las organizaciones típicamente obreras, el subproletario sólo puede recurrir a la proximidad habitacional como marco espacial de unidad social. El colectivo que es la fábrica, es reemplazado por la "población".

Esto tiene repercusiones importantes. La unidad y coherencia sociales logradas a partir de la unidad de producción implica al total de la sociedad. De hecho, la fábrica no puede subsistir aislada de la sociedad, ni la sociedad sin la fábrica, contrariamente a lo que acontece con la mayoría de las unidades de producción agrícola, las que pueden perseguir, en estas épocas críticas, una política de aislamiento con relativo éxito.

La "población" depende de la sociedad, puesto que ella no produce alimentos, ni mercancías de ninguna índole. Pero, aparentemente, la sociedad no depende, de una manera esencial, de la población. La tendencia del salvacionismo es a proclamar a la "población" como colectivo aislado, en oposición a una sociedad exterior que le es hostil y no lo entiende. Y en esto reside su tragedia, porque objetivamente no puede aspirar a una existencia material aislada.

Esta nueva vida colectiva es proclamada con caracteres de inmediatez. No es en un futuro próximo o distante donde debe realizarse, sino aquí y ahora. No se trata, entonces, de una perfección distante, a la que se acceda después del cumplimiento de diversas etapas, y que aparece más como objetivo final que como posible logro. La perfección puede obtenerse hoy, y las personas deben perseguirla de inmediato.

Esta perfección tiene fundamentalmente connotaciones éticas, que recubren la casi totalidad de los aspectos de la vida, implicando una regulación casi absoluta de la actividad cotidiana. Ese control es ejercido de forma colectiva, de manera continua y vigilante. De esta manera, la pretensión de renovación moral tiene un contenido muy concreto y cotidiano y se da en el contexto de un anhelo de absoluto que le confiere una naturaleza "totalitaria".

Este carácter totalitario se manifiesta plenamente en las orientaciones que guían el comportamiento hacia el exterior y la percepción del exterior. La vida política, tal como se desarrolla es vista con desconfianza, y los políticos son percibidos como personajes débiles y contradictorios,

carentes de la vecación ética absoluta requerida. En definitiva, las complejidades de la sociedad no pueden ser admitidas, porque ello significa admitir la posibilidad de que el compromiso pueda ser necesario: lo que importa no es el resultado, sino el mérito intrínseco a la acción.

El salvacionismo de la masa marginal tiene un contenido fundamentalmente redistributivo. Nuevamente, la naturaleza objetiva de la posición económica del subproletario encuentra expresión. Sólo que ahora esta orientación hacia la distribución y el consumo se presenta como la postulación de una redistribución radical que afectaría a la sociedad entera, y que es legitimada por apelación a una solidaridad fundamental que hace de la pobreza compartida una obligación moral y política.

Este salvacionismo está probablemente condenado al fracaso. Emerge en épocas extraordinarias porque sus gérmenes ideológicos provienen de grupos distintos del subproletario, que ocupan posiciones de extrema marginalidad en la sociedad. Por ello, su difusión requiere de situaciones caracterizadas por un relajamiento de los mecanismos políticos y sociales de control. Una vez diseminadas, estas semillas parecen

germinar con gran rapidez, y la emergencia súbita de este movimiento social puede impactar de una manera positiva a sectores importantes.

Sin embargo, por su propia naturaleza contribuye, por una parte, a provocar una polarización aún más intensa en una situación de por sí polarizada -aumentando de esta manera la probabilidad de su aplastamiento- y, por la otra, al negarse a sí mismo la política como posibilidad legítima -esto es, al negarse al juego de las alianzas y coaliciones como herramienta legítima- termina de completar un aislamiento que le venía impuesto por la naturaleza misma de las cosas.

Así, parece cerrarse para la masa marginal la última, y quizás única, oportunidad de llegar a conferir algún grado de efectividad a su existencia y a su historia. No obstante, es en esos momentos cuando logra transmitir su condición material y las limitaciones inherentes a ella en contenidos de conciencia con una resonancia universal y positiva.

IV.

Si las hipótesis sobre las características que presentarían los procesos demográficos y económicos en ciertos países latinoamericanos son válidas -y ellas se limitan a recoger, quizás en una forma un tanto extrema, insinuaciones y aseveraciones que son casi lugares comunes-, entonces deberíamos concluir que la escena social y política en estos países se caracterizará por la presencia creciente de una masa marginal.

De ser ello así, nuestras reflexiones apuntan hacia una situación cuya evaluación no puede ser más negativa.

El creciente peso relativo de esta masa la convierte en un peón de uso obligado en el juego político. En aquellas épocas en que la política consiste casi exclusivamente en "pequeña política", la naturaleza de la demanda de la masa marginal la convierte a ésta en un recurso de poder que no es difícil controlar, pero, por lo menos en aquellas situaciones caracterizadas por algún grado de competencia abierta, se trata de un recurso eminentemente volátil.

De esta manera, la vida política puede llegar a exhibir una sucesión continua de fugaces constelaciones de coaliciones, introduciendo un grado de incertidumbre e inestabilidad significativos.

Los efectos del oportunismo de la masa marginal pueden ir más allá de éste. El comportamiento consistente en variar frecuentemente la orientación de los apoyos políticos -sea en razón de un aprovechamiento racional de las posibilidades que se ofrecen, sea en virtud de las incitaciones provenientes de los grupos que compiten por ese apoyo-, puede llegar a consolidar un estilo político de ribetes demagógicos que, al permear a la sociedad, empobrezca considerablemente la vida política, desplazando los contenidos de conciencia a funciones meramente retóricas al desvincularlos de la conciencia por el poder.

Por otra parte, en las situaciones caracterizadas por la ausencia de competencia y de la posibilidad de oposiciones legítimas, la falta de incitaciones exteriores lleva a la masa marginal a jugar el rol exactamente contrario, esto es, puede exhibir un notable inmovilismo, contribuyendo así a la estabilidad de la situación.

Finalmente, y sea cual sea la situación inicial, si ciertos grupos y fuerzas políticas logran generar una dinámica que conduzca a coyunturas abiertas, la emergencia de las orientaciones salvacionistas induce un grado extremo de polarización que hace crecer enormemente la probabilidad de que ese movimiento emergente sea aplastado.

Una conclusión posible es que la masa marginal no ocupa una posición histórica privilegiada.

Para Ranke, toda época se encuentra inmediata a Dios. Esta clase de pluralismo extremo puede constituir un buen antídoto contra la tendencia dominante a evaluar el comportamiento político de un grupo en términos fundamentalmente exististas, esto es, en términos de su capacidad para luchar exitosamente por el poder.

Así, tal como Lukács cree ver en la situación de retraso de Alemania a fines del siglo XVIII, una posición de privilegio que permite a la filosofía alemana una comprensión de la vida política de la Francia desarrollada que los intelectuales franceses no logran (9), podemos preguntar por el posible

(9) Lukács, *El joven Hegel*, Grijalbo, 1970.

privilegio que puede significar la situación negativamente privilegiada de la masa marginal.

Puede que ese aporte se identifique precisamente con su tendencia a orientarse hacia el milenarismo y con sus capacidades de pretensión ética absoluta. Sin duda, estos rasgos introducen, o pueden introducir, profundas tensiones. Lo importante es que, al menos mientras exista masa marginal, tales tensiones no pueden ser resueltas de manera definitiva. Y mientras ellas no sean resueltas, la posibilidad siempre presente de esos contenidos de conciencia, y de los anhelos que ellos expresan, no puede menos que introducir un dique de contención a la tendencia a desplazar los fines de la vida política, para sustituirlos por consideraciones puramente instrumentales.

CIUDAD Y MASA MARGINAL

Comentario al trabajo "La masa marginal y la política"
de Ansel Flisfisch

*adjuntar a
00155.03*

Enzo Paletto

SA TIAGO, Mayo de 1975

El tema del trabajo que comentamos es un intento de establecer la relación entre los contenidos de conciencia que a esta particularidad consiste en que a un grupo cuya posición social puede cambiarse.

Este grupo, masa marginal o "clase" ligada a su condición urbana y ligada a América latina - a movimientos de migración campo a ciudad - con el consiguiente mas de ocupación y desocupación urbana.

Un primer problema se plantea, el origen y caracter de estos grupos solo puede ser comprendido cabalmente, como el propio autor apunta, a través de lo que podría denominarse una "demografía de los sistemas sociales concretos", en términos más clásicos, el tema obliga a una demografía histórica, en donde, como queremos señalar más adelante, el concepto clave es el de ciudad.

Otro punto central en el ensayo, se encuentra en la búsqueda del fundamento de legitimidad de la demanda de la masa marginal. Cómo pueden sustentar y legitimar sus demandas cuando la posición social que ocupan es negativamente definida?

Al parecer su demanda es una reivindicación del derecho a la sobrevivencia, aunque ésta la plantea como pago consumidor, puesto que el mismo aparece como no claramente vinculado a un proceso social de producción. El rasgo del grupo es su carácter "parasitario" y su demanda refleja este hecho. De la mano de lo a un lado aparece un componente político, la condición de "disponibilidad" política del grupo, su tendencia a apoyar a quien satisfaga sus aspiraciones, puesto que su posición negativa le impide elaborar un proyecto propio.

se planteando como un intento de establecer la relación entre los contenidos de conciencia que a esta particularidad consiste en que a un grupo cuya posición social puede cambiarse.

estrechamente vinculada a su condición urbana y ligada a América latina - a movimientos de migración campo a ciudad - con el consiguiente mas de ocupación y desocupación urbana.

Un primer problema se plantea, el origen y caracter de estos grupos solo puede ser comprendido cabalmente, como el propio autor apunta, a través de lo que podría denominarse una "demografía de los sistemas sociales concretos", en términos más clásicos, el tema obliga a una demografía histórica, en donde, como queremos señalar más adelante, el concepto clave es el de ciudad.

Otro punto central en el ensayo, se encuentra en la búsqueda del fundamento de legitimidad de la demanda de la masa marginal. Cómo pueden sustentar y legitimar sus demandas cuando la posición social que ocupan es negativamente definida?

Al parecer su demanda es una reivindicación del derecho a la sobrevivencia, aunque ésta la plantea como pago consumidor, puesto que el mismo aparece como no claramente vinculado a un proceso social de producción. El rasgo del grupo es su carácter "parasitario" y su demanda refleja este hecho. De la mano de lo a un lado aparece un componente político, la condición de "disponibilidad" política del grupo, su tendencia a apoyar a quien satisfaga sus aspiraciones, puesto que su posición negativa le impide elaborar un proyecto propio.

Esta negatividad de su condición no solo activa de que objetivamente puede señalarse a partir de un esquema de posiciones en un sistema social de producción, sino que también es la masa marginal connotada negativamente por los otros grupos o clases sociales que constituyen el sistema.

Al parecer solo dos alternativas escaparían a este esquema general de negatividad. Una señala que es en la masa marginal en donde se acumula la mayor frustración con respecto al sistema global, y por lo tanto es en ella donde se encuentra la mayor fuerza de contestación y rechazo del sistema. Otra, intenta identificar la demanda marginal con la demanda "global" (humana) y encuentra en ella de modo más acentuado una reivindicación que es de todos, y dejaría a todo posible sistema como un sistema trunco, si es incapaz de solucionarlas.

partir de estas notas fragmentarias quisiera, es comentar a algunos temas que el trabajo nos ha sugerido.

Si bien es cierto a parece como de gran utilidad el intentar comprender el carácter y comportamiento del grupo marginal a partir de su posición en un sistema productivo, este hecho no agota la particularidad de su condición ^{1/}. Su carácter urbano oblica a una referencia a la "ciudad", que es donde se manifiesta su presencia. La ciudad no solo es y ha sido un centro de producción sino que además es muchas otras cosas. Un intento de apuntar esquemáticamente a la relación histórica entre ciudad y "masa marginal" puede contribuir a esclarecer algunos de los temas que el trabajo que comenta os ha se-

^{1/} Esto no encierra una intención de crítica al trabajo que se comenta, puesto que no es propósito de su autor el acotar el tema, solo se pretende ampliar el campo de reflexión.

ciudad

con la romana, esta
no ha carácter religioso. La institución de las personas a
ciudad se establece por las leyes del culto sagrado y precisa
se lo que define a la ciudad como tal ("messa marginal") es su
carácter de no vinculadas no constituye ni forma parte del carácter
grado y religioso de la ciudad. A la ciudad no son aplicables las
leyes puesto que no es pueblo ("povulus")

carácter marginal en el sentido

base

de

de

la vivienda vinculada a

en forma instituciones

13

que se han de tener a

14

que se han de tener a

ciudad.² en un principio no existe
del habitante de la ciudad con reser-
va. Sin embargo fuera de las ciudades más

- 2/ Cit. Fustel de Coulanges - La Ciudad Antigua. Edit. Harla
Barcelona 1963.
Edición de la Nueva Historia de Roma - Edit. Iberia - Madrid
1949.
- 3/ Cit. San Uhart - La Alta Edad Media - Edit. Siglo XXI - México.
1971.
Jacques Le Goff - La Baja Edad Media.

que
fu

con
el

Esto es
s. en un de
le Aristocrata
cobé me se
el gobier-
el gobierno
gubernante

traves de la
man casi

artículo de
...
... puede
... organiza
... a la

... enfrentarse al
... por ora
...
... como la
... colonial
... yauaconas
... la
... con hom-
... prestigio

... ciudades
... sus rascos
... por sus co-
... tiendas
... el de la
... plantear
... pobres
... en estos térmi-
... interior de un
... los "pobres"
... oposición es la
... incapaz de solucionarla

5/
6/

Conclusión. A qué apuntan estas notas de comentarios? A algo que creemos coincidente con el planteo del autor: la masa marginal, cualesquiera sea el nombre que a través de la historia haya recibido, plantea un problema que es común en cada una de sus experiencias, su negatividad, son los "negados", los que no participan de la condición de los "otros". Por tanto su presencia pone en duda la totalidad del sistema en que se encuentran. Es cierto que a través de la historia de la ciudad pueden descubrirse sus particularidades, pero también asombra el que se repitan tantos rasgos, las soluciones parecen haber sido siempre precarias y nunca satisfactorias.

Un análisis histórico permite, y es lo que querríamos bosquejar, una comprensión de la particularidad que asume su negación, pero mantiene la presencia constante de lo que está ausente porque es negado. No queda resuelto el saber si son capaces de tomar en sus propias manos la posibilidad de superar su negación pero están ahí para plantearlo.